

www.elboomeran.com/

COLECCIÓN
ESCRITURAS

GEORGES PEREC

¿Qué pequeña bici
de manubrio cromado
al fondo del patio?

Traducción de
Pablo Fante

[Tres
puntos]
• • •

Quel petit vélo à guidon
chromé au fond de la cour ?

© Georges Perec, 1966

© Éditions Denoël, 1966, 2014

© De la traducción, Pablo Fante, 2021

© Tres Puntos Ediciones, 2021

(Escrituras Verticales SL)

Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. 28014 Madrid

Derechos exclusivos para todos los
territorios de lengua castellana

www.trespuntosediciones.es

hola@trespuntosediciones.es

Depósito Legal: M-29497-2020

ISBN: 978-84-17348-29-8

Imagen de portada: Rodrigo Álvarez A.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Primera edición: febrero de 2021

La traducción de esta obra contó con el apoyo del Programa
Gabriela Mistral del Instituto Francés de Chile.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin autorización previa del editor.

Relato
épico en prosa
aderezado
con adornos en verso
sacados
de los mejores
autores



por
el autor de
cómo
ayudar
a
sus amigos

(Obra laureada
por diversas Academias
Militares)

*Este relato está dedicado a L. G.
en memoria de su mejor hazaña de guerra
(y sí, y sí).*

Era un tipo, se llamaba Karamanlis, o algo así: ¿Karawo? ¿Karawasch? ¿Karapollada? En fin, Karacosa. En todo caso, un nombre poco corriente, un nombre que suena conocido, que no se olvida fácil.

Pudo ser un abstracto armenio de la Escuela de París, un luchador búlgaro, un pez gordo de Macedonia, en fin, un tipo de esos lados, un balcánico, un yogurtófago, un eslavófilo, un turco.

Pero por lo pronto era claramente un militar de segunda clase en un regimiento del Tren, en Vincennes, desde hacía catorce meses.

Y entre sus compañeros estaba un compadre nuestro, el mismísimo Henri Pollak, alférez segundo, eximido de Argelia y los territorios de ultramar (una

historia triste: huérfano desde la más tierna infancia, víctima inocente, pobre criatura arrojada a las calles de la gran ciudad con apenas catorce semanas), que llevaba una vida doble: mientras brillaba el sol, se dedicaba plenamente a sus ocupaciones sargentísticas, regañaba a los hombres de turno, rayaba corazones flechados y eslóganes de detergente en las puertas de las letrinas. Pero apenas daban la mitad de las dieciocho horas, se subía a horcajadas a una chisporroteante y pequeña bicimoto (de manubrio cromado), y se iba batiendo las alas hasta su natal Montparnasse (porque había nacido en Montparnasse), donde es que tenía a su bienamada, su cuartucho, nosotros sus compinches y sus queridos libros, se metamorfoseaba en un apuesto joooven, sobria pero correctamente vestido con un suéter verde de franjas rojas, un pantalón arrugado, un par de zapatos de lo más zapatos, y siempre venía a vernos, a nosotros sus compinches, en algún café, donde es que que discurríamos sobre comilonas, pelis y filosofía.

Y por la mañana, el Pollak Henri se enfundaba de nuevo el traje militar, la camisa caqui, el pantalón caqui, la boina caqui, la corbata caqui, la chaqueta caqui, el impermeable beige y los zapatos marrones, se subía a su chisporroteante y pequeña

bicimoto (de manubrio cromado), recorría de capa caída el trayecto en sentido inverso, abandonando sus queridos libros, a nosotros sus compinches, su cuartucho y su bienamada, e incluso a su natal Montparnasse (porque es allí que fuise nacido), y se reincorporaba al Fuerte Nuevo de Vincennes, donde lo esperaba una dura jornada igual a todas las que el buen Dios de buen Dios de Mierda de Servicio militar le daba desde hace cuatrocientos setenta y un días y le daría aún (pero sin adelantarnos) durante trescientos y setenta y nueve.

Apretaba los labios, el Pollak Henri, se enderezaba, y con el mentón en primera línea pasaba delante de la gran bandera tricolor, frente al puesto de guardia, frente al capitán, al que saludaba, frente al teniente, al que saludaba, frente al sargento-ayudante-adjunto-con-función-de-ayudante-suplente, al que ya no saludaba, porque prefería cambiar de vereda desde el día en que se habían peleado un poco, y frente a los hombres de la tropa, el buen Karaschoff, el buen Falempain, Van Ostrack (un puto racista) y el pequeño Lavidriera, cariñosamente apodado Rompevidrio, que lo saludaban con diversos gritos de pájaros, porque era más bien popular, el Pollak Henri.

Entonces comenzaba la dura jornada del militar abnegado, con los informes, las llamadas, los llamamientos, el puré de arvejas petrificado, la cerveza tibia, los cuartos de vinacho, las faenas, los tiempos muertos, los ejercicios de estilo, las latas de conservas oxidadas que unos zapatones expertos mandaban a los pastos pelados, los cigarrillos, las colillas, los puchos.

Y Apolo, majestuoso, no terminaba nunca de llegar al cenit. Las horas transcurrían como en un reloj de arena lleno de cerámica (el lector lamentará sin duda la banalidad de esta imagen: que aprecie al menos la pertinencia geológica).

Y en la tan esperada mitad de las dieciocho horas con treinta, Henri Pollak, nuestro compinche, si no estaba de guardia, ni de bombero, ni acuartelado, ni castigado, apretaba las manos blandas de Karabinowicz, de Falempain, de Van Ostrack el puto racista y del chico Lavidriera (cariñosamente apodado Rompevidrio), metía en el bolsillo izquierdo de su chaqueta caqui el salvoconducto debidamente timbrado por el de turno, se subía a horcajadas en su chisporroteante y pequeña bicimoto (de manubrio cromado), saludaba según el reglamento al teniente de servicio, al oficial de cocina,

al sargento de turno, al suboficial de sección, al sargento de la semana, al brigadier de la jornada y a los hombres de puesto, que lo ovacionaban con diversos gritos de animales, porque era más bien popular, Henri Pollak (no era orgulloso, tenía estilo y una gran mansedumbre a pesar de su aspecto quizá algo bruto), y salía volando como el pájaro de Minerva a la hora en que beben los leones, y con la rapidez del gavián de ojos soñadores llegaba hasta su Montparnasse que lo vio nacer, donde lo esperaba su bienamada, su cuartucho, nosotros sus compinches y sus queridos libros, se extirpaba el traje tan odiado, se convertía al instante en un flagrante civil, con el pecho a gusto en un chaleco de cachemira, con la pierna ceñida por unos vaqueros, el pie bien agarrado en unos mocasines lustrados a la antigua, y venía a vernos, a nosotros sus compinches, en el café de al frente, donde se hablaba de Lukáss, Elifore, Jéguel y otros estrafalarios del mismo corte, porque estábamos todos medio chalados en la época, hasta horas tan avanzadas como nuestras ideas.

¡Ah! ¡Que igual se daban buena vida los militares!

¡Pero tenía que pasar que un día, cataplum, todo se viniera abajo!

Eran como las dos, dos y media, quizá incluso las tres menos cuarto.

Y el llamado Karafón vino a ver al llamado Pollak Henri (¿ya dije que era uno de nuestros mejores compinches?) y, como dice el famoso fabulista,

Le habló más menos de esta manera:

—Llegó a mis oídos extrañados esta noticia que me dejó a la vez pasmado, perplejo, penoso, podagra y casi podrido: el Alto, el Muy Alto (bendito sea) Mando habría decidido, no se sabe bien si

por un impulso súbito o tras largas y sopesadas reflexiones, habría decidido entonces, el Alto Mando, confiarle al Señor Capitán Comandante del Servicio de Efectivos la agotadora tarea de preparar la lista de los que entre nosotros, y en una próxima ocasión, irán a nutrir con su sangre esas nobles colinas de África que nuestra gloriosa historia convirtió en tierras francesas. No sería imposible, sería incluso probable que el nombre que mi familia lleva con honor y dignidad desde hace cinco generaciones, y que me donó sin mácula, figure en esta lista.

Y el pobre Karaplasma se puso a sollozar como un niño chico.

—Vamos, vamos —le dijo, burlón, el alférez segundo Pollak Henri, nuestro compinche, que hubiera preferido estar en otro lugar, por ejemplo en su Montparnasse natal, donde es que había nacido y donde tenía a su gran amor, su pequeño apartamento sin comodidades, nosotros sus compinches y su mueble de biblioteca tipo Oscar que le había robado vilmente a su mejor amigo (su mejor amigo era yo).

—Al diablo con la Filomaquia —prosiguió imperturbable Karamañola—, no más beligerancia; no me gusta la guerra, no quiero ir a pelear; no quiero ir a Argelia; me quiero quedar en París, donde vive

la muchacha que llevo en la piel; quiero abrazarla con mis brazos grandes y fuertes.

—¡Eh! ¿Y qué puedo hacer yo? —le dijo, juguetón y filósofo, nuestro amigo Pollak Henri (alférez segundo), perturbado por este lirismo repentino.

—¡Mi amigo, mi querido amigo, mi distinguido colega, mi viejo compañero, mi compatriota, mi lechón —continuó, admirable, Karalerowicz—, no me dejes así, apiádate de mí, ayúdame!

—¿Y qué puedo hacer? —le dijo nuevamente Henri Pollak, nuestro amigo, alférez segundo, nativo de Montparnasse donde es que había venido al mundo y donde se encontraban ahora mismo su prometidita, su nido de amor, sus pequeños camaradas (sus pequeños camaradas éramos nosotros) y su colección empastada de *Ciencia y vida*.

—Toma tu Yip —lanzó el otro con una voz de centauro—. Toma tu Yip y pásame por encima. Me rompes el pie, que ya no pueda servir nunca más con fines mortíferos. Y que yo, arrastrando el dolor y la pena, me tenga que pasear de un hospital militar al otro. Que el hada Convalecencia me toque con su varita mágica. Que me conceda la más larga de sus prórrogas. Y me la pasaré, sí, me la pasaré entre

las sábanas de la que llevo en la piel y ya veremos qué ocurre. Los argelinos nos ganarán por goleada. Y quizá incluso que ya se firmó la paz ahora mismo.

—¿Qué de qué? —dijo el amigo Pollak Henri, partiéndose de la risa ante tan extravagante pedido.

Y tocó explicarle que —calmadito un segundo— ni hablar de hacer tonterías sin pensarlo bien antes, que había que ver, o sea veamos, que él tenía afuera, en el mundo civil, en Montparnasse, del que era nativo, donde habiendo nacido, tenía sus compinches (sus compinches suyos éramos nosotros), y que antes que nada, les iba a preguntar lo que pensaban.

De hecho, cuando sonó la mitad de las dieciocho horas, el alférez segundo Pollak Henri —y aprovecho la ocasión para recordarle nuevamente mi inquebrantable amistad— se subió a horcajadas en su chisporroteante bicimoto (de manubrio cromado), repartió saludos confraternales e indolentes apretones de mano, pedaleó a todo gas hacia su natal Montparnasse que lo vio nacer y donde es que tenía su único amor, su cuartito limpiquito, sus amigos de siempre, su biblioteca de hombre culto, se extirpó del

envoltorio belicoso, se lavó con mucha agua, escogió una tenida militante, es decir: un pantalón de tela de costuras visibles, una camiseta naranja de algodón con cuello redondo, una chaqueta de cuero lavado sin cuello, un par de chanclas de búfalo, lentes de sol, *El observador, Argumentos*, una impresión fuera de serie del artículo de Arthur Schildknapp sobre Otto Preminger («Untersuchungen über das premingerische Weltbild», *Prolegomena*, 1960, 27: 312-387), vino a vernos al café de al lado, y no se detuvo hasta que nos contó el cuento:

Que él, Pollak (Henri), alférez segundo nativo de Montparnasse, tenía un compinche que se llamaba Karaschmerz, y que él (Karaschmerz, pero también Pollak Henri y todo el mundo: a esta edad es normal) llevaba una muchacha metida en la piel, y que él (o sea Karaschmerz) manifestaba una indiferencia notoria y no obstante simpática con respecto al diferendo que oponía al futuro de Francia, en un bando, con algunos grupúsculos de perturbadores y de derecho común, en el otro bando, y que él (Karaschmerz again) había manifestado el deseo de permanecer en Francia dándose la gran vida en brazos de la que llevaba en la piel en vez de irse a retozar en los yabales, y que él (es decir Pollak Henri)

se sintió conmovido como en el día de su primera comunión, y que había preguntado qué podía hacer, diciéndome al mismo tiempo *in petto* y en su fuero interno que no podía hacer nada, y que él (Karaschmerz) había sugerido que él (Henri Pollak) le pasara por encima del pie con un Yip para que, ya lisiado, él (Karaschmerz, por supuesto) iría al hospital militar y que él (Karaschmerz, obviamente) tendría una larga convalecencia y que uno (es decir, todo el mundo, en general, y, más particularmente, Karaschmerz, Pollak Henri, las muchachas que llevaban en la piel, y, por darle el gusto, el agente de policía que regula el tráfico en el cruce de la calle Boris-Vian y el bulevar Teilhard-de-Chardin) tendría el tiempo de ver venir la cosa y que quizá ya se firmó la paz.

Y que él (esta vez sí que se trata del mismísimo Pollak Henri, nuestro compinche) había dicho que —calmadito un segundo— uno (¿? *quid est* con este?) no tenía que hacer tonterías y que él (el alférez de Montparnasse, nuestro compinche Pollak Henri que digo) iba a hablarle a unos amigos suyos (éramos nosotros esos amigos) y les preguntaría lo que ellos (o sea nosotros los amigos de Henri Pollak) pensábamos al respecto.

Y que eso era, que nos había contado el cuento entero, ¿y qué pensábamos nosotros?